

EL REVERSO DE LA DEMOCRACIA. PODER Y MEDIACIÓN POLÍTICA EN LA OBRA DE ROGER BARTRA

The reverse of democracy. Power and political mediation in the work of Roger Bartra

Israel Covarrubias

Universidad Autónoma de la Ciudad de México
icovarrubias76@hotmail.com

Resumen

El presente artículo discute el impacto de una parte relevante de la obra del sociólogo mexicano Roger Bartra para la teoría política latinoamericana. Bartra es un autor que ha producido formas de comprensión originales sobre el poder en contextos de cambio político, como fue el pasaje de los años setenta a los años noventa del siglo pasado en México y en América Latina. A partir de la problematización de algunos capítulos relevantes de su obra, la cual siempre ha oscilado entre la antropología y la filosofía, entre la sociología y la ciencia política, se intentará delinear diversos rasgos teóricos centrales de la “aporía constitutiva” que subyace a la formación histórica del poder en algunas de sus direcciones de reproducción, y que en Bartra cobran la forma de la dimensión simbólica del poder, la melancolía y la democracia.

Palabras clave: autoritarismo, mediación, intelectuales, democracia, poder.

Abstract

This article discusses the impact of a relevant part of the work of the Mexican sociologist Roger Bartra for Latin American political theory. Bartra is an author who has produced original ways of understanding power in contexts of political change, as it was the passage from the seventies to the nineties into the last century in Mexico and Latin America. From the problematization of some relevant chapters of his work, which has always oscillated between anthropology and philosophy, between sociology and political science, will attempt to delineate several central theoretical features of the “constitutive aporia” that underlies the historical formation of power in some of its directions of reproduction, and that in Bartra work’s take the form of the symbolic dimension of power, melancholy and democracy.

Keywords: authoritarianism, mediation, intellectuals, democracy, power.

INTRODUCCIÓN

La obra de Bartra se inscribe abiertamente en una serie de indagaciones históricas, sociológicas y antropológicas sobre las diversas caras que ha adoptado el poder político y el poder social en México. Como la mayor parte de sus lectores reconocen, su énfasis ha sido el campo de la antropología, pero sería parcial e injusto con su obra y con el autor, determinar exclusivamente sus aportaciones teóricas al campo antropológico (Espinasa, 2000). Esto es más evidente si observamos que desde hace varios lustros su obra tiene el privilegio de “viajar analíticamente” a casi toda América Latina, y también a Estados Unidos donde se coloca como uno de los científicos sociales mexicanos más traducidos al inglés, quizá junto a Pablo González Casanova.¹

1 Véase la variedad de temas y campos disciplinares de su trabajo, en la serie de ensayos que le han dedicado a su obra en Moraña y Sánchez Prado (2015).

Algunas de sus principales aportaciones teóricas vertidas a través de diversos campos disciplinarios pueden ser ubicadas en sus múltiples reflexiones acerca de la relación entre melancolía y otredad. En efecto, estas preocupaciones fueron formuladas en su inicio en campo antropológico, pero han terminado por establecer los contornos de una teoría *mínima* de la política donde los fenómenos y las categorías necesarias para explicar el peso determinante de las redes de mediación política serán, sin duda, una de sus contribuciones centrales al campo de la teoría política mexicana, y me aventuro a decir que también para la teoría política latinoamericana. A medio camino entre la impronta marxista de la cual abreva en sus inicios intelectuales, y la escuela francesa sobre el poder y su dimensión simbólica, “[l]a teoría de la mediación de Bartra, asevera Ignacio M. Sánchez Prado (2015: 124), puede leerse así como un punto intermedio entre las nociones marxistas de hegemonía y la teoría microfísica de Foucault”.

Entonces, en el campo de reflexión sobre las mediaciones simbólicas y sociales del poder es donde encontramos su teorización más original sobre el núcleo indescifrable de la democracia, que para el caso mexicano, podríamos inferir de su trabajo, adopta siempre y de manera metafórica una forma “larvaria” (*axolote*) al momento de su constitución, y que a pesar de que esta “forma sin forma” resulta “aterradora en su sencillez” (Bartra, 2006: 62), no es incapaz de definirse a partir y en contra de toda la complejidad que la constituye. Por ello, no es impreciso que su obra pueda ser definida como una “arqueología de las mentalidades” al conectar, primero, la dimensión simbólica del poder con la democracia, y segundo, al reflexionar sobre los problemas del presente con su inicio, donde incluso el autor ha dicho que “su primera vocación fue la de arqueólogo” (Espinasa, 2000: 69).² Véase, por ejemplo, su comentario al célebre íncipit del libro de John Womack sobre Emiliano Zapata:

2 Precisamente su primer trabajo, publicado es de 1964 cuando el autor tenía apenas 22 años y todavía era estudiante en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), se llama “La tipología y la periodificación en el método arqueológico” (Bartra, 1964).

Siempre me han fascinado las primeras palabras del ensayo de John Womack sobre Emiliano Zapata: “Éste es un libro acerca de unos campesinos que no querían cambiar y que, por eso mismo, hicieron una Revolución. Nunca imaginaron un destino tan singular”. En esto, los axolotes son iguales que los campesinos de Morelos; su resistencia a metamorfosearse en salamandras los obliga a una maravillosa revolución: a reproducir infinitamente su larvario primitivismo (Bartra, 2006: 61).

El argumento central de este artículo sostiene que el interés de Roger Bartra por la figura del “otro”, así como por el fenómeno de la melancolía, hacen suponer que nos encontramos frente a una obra que parte de la constatación analítica e histórica del rango de *incompletud* y de *indecibilidad* intrínsecos a cualquier forma de representación de *lo político*, más que de la política, aunque este último campo jamás será ajeno en muchos de los pasajes de su trabajo. Pareciera que este doble atributo de “minoridad” es una de las tesis principales que ha sostenido el autor a lo largo de su obra. Si la aseveración es adecuada, entonces puede ser interpretado como un elemento fundamental para la comprensión de los llamados fracasos y los frenos al desarrollo de un supuesto “ethos” pro-democrático en ciertas situaciones o contextos políticos de gran dinamismo social, y que deja *parcialmente* de lado las suposiciones teológicas de que el atraso económico y político de algunas naciones y Estados es efecto de su profundo desarraigo con las formas “modernas” o “modernizantes” de organización y reproducción de la política. De hecho, su reflexión sobre la democracia traza un camino en constante esfuerzo por volverse contemporáneo a su tiempo y “ajustar” sus presupuestos teóricos y culturales sobre la cuestión democrática al ir moviéndose paradigmáticamente:

En sus primeras publicaciones no aparece el tema de la democracia. [...] impulsado por las secuelas del 68 en México y por el surgimiento de movimientos disidentes en el bloque socialista, el autor empieza, en la segunda mitad de los años setenta, a integrar el tema de la democracia en sus escritos. Al principio, no queda del todo claro si la democracia constituye un valor en sí o si es más que nada una vía para llegar al so-

cialismo. Sin embargo, poco a poco se va afirmando la importancia de la democracia “formal” o “electoral”. Con la caída del bloque socialista, Bartra entra en una etapa de desencanto en el que desarrolla temas afines al pensamiento posmoderno. Pero paralelamente al tema de la desilusión el autor continúa profundizando en el tema de la democracia. Con la llegada de la transición democrática, Bartra se convierte en elocuente defensor de la nueva legitimidad política y crítico del fracaso de los partidos políticos en el esfuerzo por crear una cultura democrática (Van Delden, 2015: 109-110).

Así pues, para alcanzar el objetivo de esta contribución, en primer lugar se discutirán algunos elementos analíticos que permitan la identificación mínima de la relevancia de la obra y figura de un teórico político contemporáneo, para que en un segundo momento, se lleve a cabo un recorrido genealógico tanto en términos analíticos como categoriales de la obra de Roger Bartra y observar finalmente qué contribuciones son posibles establecer a través del cristal de la teoría política contemporánea, ponderando su contribución académica y cultural a los estudios sobre el poder en México y Latinoamérica.

I. LA TEORÍA POLÍTICA EN EL DIVÁN

Para hablar de la influencia y del impacto que ha tenido la obra de un teórico político contemporáneo en América Latina por lo menos son necesarias dos dimensiones: la primera atañe al conjunto de la obra del autor y la segunda a los criterios de lectura de ella. Con relación a la primera dimensión, hay que problematizar y discutir su contribución académica diseminada en artículos, capítulos, libros, compilaciones, intervenciones de varios tipos en el campo académico (dirección de tesis y formación de recursos, creación de laboratorios y publicaciones periódicas, entre otras actividades), así como en el campo cultural y político, tanto en su papel de “generalista” como en el de especialista (por ejemplo, bajo la forma del crítico bibliográfico, el editor y la consejería editorial, o bien en el rol de dictaminador de diversos productos de investigación). Y dentro del campo cultural, una tercera línea de atención son las formas que un académico tiene para participar en el régimen de la opinión pública y en general en el de la comunicación.

A estas tres direcciones, es necesario agregar una cuarta que es oportuna para la comprensión de la influencia de un teórico político, y que puede ser indicada a partir de la figura del *maître à penser*. Esta acepción, junto a la historia cultural y académica que lleva a sus espaldas en Francia por lo menos desde su Revolución (Steiner, 2007: 93-119), permite aproximarnos al grado de influencia de un “maestro del pensamiento” a través del impacto de su “magisterio” y la producción de su “discipulazgo”, y por extensión a la relación específica maestro-discípulo, donde es posible constatar las condiciones específicas que permitieron o no la aparición de una escuela, lo que también puede volverse un indicador del impacto de la *enseñanza* (oral o escrita) de un teórico político contemporáneo en los diversos campos disciplinares donde su obra es absorbida.

En otras palabras, hablar de la formación de una escuela de pensamiento es hablar de la inauguración de un *modelo* particular de abordaje a ciertos problemas “recurrentes” de la teoría política (Covarrubias, 2007: 105-113).³ Es decir, una forma de producir teoría política que determina un estilo de indagación politológica, sociológica, antropológica, etcétera, y que modela la realidad con el uso conceptual de categorías que irán generando concordancias y disonancias interpretativas entre pares con el universo histórico que se quiere observar, y que logra pluralizarse a partir de su forma singular, dada la producción auténtica de topografías teóricas, que serán usadas, imitadas, referidas y utilizadas para el trabajo diario de enseñanza e investigación (Covarrubias, 2015: 9-10).⁴

Con relación a la segunda dimensión, es necesario indicar en la medida de lo posible por medio de criterios analíticos y con el uso de un claro enfoque metodológico, el impacto y la influencia académica de su trabajo, donde hay que observar la capacidad de su obra para mantenerse en

3 A título ilustrativo, véase la modelación analítica para el estudio de las formas de gobierno de la llamada escuela de Turín encabezada por Norberto Bobbio en la segunda mitad del siglo XX en Italia (Bovero, 2005: 17-39); o la escuela de política comparada de Giovanni Sartori (Panbianco, 2005: 247-265).

4 Sobre este aspecto es interesante el trabajo de Giorgio Agamben (2008: 20) alrededor de la diferencia entre paradigma (*exemplar*) y singularidad paradigmática (*exemplum*).

el tiempo y en espacios disciplinarios diversos, así como la posibilidad, en el caso latinoamericano, de su recepción en los diversos países que componen el sub-continente. En su aspecto internacional, esto puede ser registrado a través de las traducciones que le hacen a sus obras, número y tipo de citas, o mediante su impacto cuando el autor adopta otra lengua para desarrollarla.

Desde un punto de vista analítico, ¿a qué campo de significatividad aluden esta segunda dimensión? A la necesidad de establecer criterios metodológicos que el caso exige para la conjunción de una “teoría sobre la recepción” (de la teoría política y más extensamente del pensamiento político contemporáneo). Sin embargo, esta teoría que nos ayudaría a la determinación de esos criterios en el campo específico de la ciencia política o en el de la filosofía política sigue faltando. Por lo tanto, la tarea de indicar la influencia de un teórico no es sencilla, ya que una teoría de la recepción partiría de un esfuerzo para dar respuesta a las siguientes interrogantes inherentes a las dimensiones que se han referido. Por ejemplo, comencemos con el sujeto que recibe el título de teórico político: ¿quién determina los criterios para que un autor devenga referencia teórica?, ¿quién reproduce y legitima esos criterios?, ¿quién los pone en tela de juicio? Ahora vayamos al encuentro del “qué”, materia del teórico: ¿qué determina que una obra específica sea considerada como obligada para ciertos campos del conocimiento?, ¿qué ánimo académico estructura el encuentro con esta obra?, ¿en qué momento se tiene que dar ese encuentro?, ¿bajo qué reglas simbólicas se estructura el intercambio?, ¿por qué se leen en cierto momento con más fruición y en otros simplemente pierden su frescura? Ahora vayamos al mercado de los intercambios simbólicos: ¿por qué ese autor y esa obra determinada está siendo considerada como obligada e influente? Es decir, ¿en dónde radica su influencia para volverse autor citable y discutible? En fin, más que dar una respuesta puntual a cada una de las interrogantes a lo largo de este artículo, se hará un esfuerzo de desarrollar algunos caracteres de la obra de Bartra que aproximen mínimamente una respuesta global a las interrogantes.

II. LA ESCRITURA DE LA POLÍTICA, LA POLÍTICA DE LA PALABRA

Roger Bartra (1942) es un caso singular (*exemplum*) de las formas impolíticamente incorrectas desde el punto de vista académico, pero también intelectual y político en México. Es un caso contrario a la extendida creencia en el contexto académico mexicano de que es necesario el “bautizo” o la “afiliación” a cierto tipo de institución cultural, académica o política para poder subsistir con decoro en el ámbito de las ideas y los debates culturales, así como en el de la investigación y la docencia; pero es además un ejemplo de intelectual alejado de la “radicalidad” académica de las posiciones del dandista que se propone “estar en contra” de los usos compartidos y obligados en la manera de recepción y desarrollo de las reglas de la objetividad, de las teorías y de las prácticas de la investigación.

Bartra expresa la posibilidad de “habitar” en los márgenes de las corrientes más socorridas de explicación de las realidades sociales y políticas mexicanas, además de mantenerse críticamente en el espacio vital de la contracultura y la radicalidad mucho antes del partearguas que produjo el “activismo” académico posterior al movimiento estudiantil de 1968.⁵ Por ello, confirma la posibilidad de volverse un animador cultural que no renuncia al desarrollo de un ambicioso programa de investigación académica que logra conectarse con los pliegues de la cultura y el debate intelectual. Es, en pocas palabras, un autor que “pertenece sin pertenecer” a la doble adscripción de escribir sobre la política en tanto fenómeno descifrable por medio de los enfoques propios de las ciencias sociales, y de ser partícipe en el campo de la política de la palabra, con intervenciones orales o escritas que den cuenta o que respondan a la “instantánea” del momento político.

5 Espinasa (2000: 71) apunta que Roger Bartra “No vivía en México cuando el 68, pero su postura –como la de otros intelectuales de su generación con un pasado político similar- no derivó de la aceptación dogmática de esquemas de pensamiento sino de la puesta en duda de las metodologías aprendidas y de las verdades absolutas. Más cerca pues del aspecto lúdico del mayo parisiense que del fúnebre octubre mexicano en aquel año”.

Trabajar a partir de los márgenes de esta doble inscripción de discursos y prácticas, también supone observar la distancia de este autor frente al impacto que tenía la “práctica militante” de los saberes hacia la tradicional ciencia de “salón” o de “cubículo”, común en el contexto post 68. De tal modo, se puede sugerir que Bartra es un autor inclasificable para la pretensión tanto universitaria como política que quiere delimitar con “claridad” los universos de interpretación, análisis y explicación de las realidades político-sociales de una y otra orilla, pero que al hacerlo terminan por fusionarse y perder la distinción que las separa. En una entrevista que sostuvo con Christopher Domínguez Michael (2002: 68-75), éste termina por definirlo como un “interprete de las mutaciones”. En específico, puede ser considerado un intérprete de las transformaciones que han tenido lugar en los campos sociales y políticos de México en el periodo que comienza desde mediados de los años sesenta y llega hasta nuestros días.

La especificidad de Bartra en el ámbito de la teoría política es que sus aportaciones conceptuales (*in primis*, el desarrollo de ciertas fuentes y en general del campo analítico de la categoría de melancolía y su complejo desarrollo histórico) se mantienen alejadas de la formación de una teoría omnicomprensiva que explique la totalidad histórica de las múltiples realidades políticas mexicanas. Junto a este elemento, tenemos a un autor que ha llevado la repetición a un rango inédito de composición y descomposición (una suerte de “reversibilidad deconstructiva”) de sus artículos en diversas fuentes y lugares. Es decir, juega con la lógica clásica del *exemplar* y la del *exemplum*, característica de la enseñanza de cierto tipo de maestros del pensamiento, ya que la primera figura reproduce un modelo y la segunda lo inventa al problematizar un nuevo campo de intelegibilidad.

Bartra es un académico que le gusta proponer problemas y vías de indagación, con lo que se vuelve un autor en campo universitario que no ofrece ni otorga respuestas contundentes o demasiado fuertes a esas interrogantes. Para usar una metáfora que es constante en muchas de sus páginas, es posible sugerir que su obra y su *estilo académico* mantie-

ne una semejanza constitutiva con aquellas: “[...] abejas descarriadas o, mejor, como una especie mutante de murciélagos melancólicos agarrados firmemente a las grietas, alertas a los rumores que ascienden hasta ellos pero temerariamente ciegos ante el abismo que se abre debajo” (Bartra, 2013: 38).

También es importante señalar que el autor pertenece a una generación de académicos cuidadosos con los usos del lenguaje en muchas de sus expresiones,⁶ no sólo cuando se trata de la lengua escrita. De este modo, se vuelve difícil conjeturar que Roger Bartra es un “buen” ensayista o una “pluma” elegante en los debates políticos mexicanos de las últimas cuatro décadas, pues esto nos dejaría con una idea muy flaca y sin mucho conocimiento de causa de su reflexión y sobre todo de sus aportaciones en campo de ciencias humanas y sociales. De la generación a la que pertenece se encuentran figuras tan dispares en términos ideológicos y académicos como Arnaldo Córdova, Octavio Rodríguez Araujo, Diego Valades, Jorge Carpizo, Jorge Alonso, Néstor García Canclini, Lorenzo Meyer, Rolando Cordera, entre muchos otros. Probablemente sean dos generaciones de académicos que fueron testigos desde su inicio del proceso de cambio político en dirección democrática de México. Por ello, su lectura es necesaria para comprender los avatares y experimentos con la democracia en México, ya que sus obras son ventanas que dejaron ver o por lo menos anunciaron las modalidades del cambio político producido en México.

En este sentido, Bartra tiene una bibliografía abundante. Una “guía” contemporánea de lectura sobre este tópico puede comenzar con la compilación de sus artículos en *La democracia ausente. El pasado de una ilusión* (Bartra, 2000), y que recupera (pero además agrega) un conjunto de textos ya publicados bajo el título de *El reto de la izquierda* (Bartra, 1982). De igual modo, para observar algunas de sus inquietudes sobre los cambios políticos a partir de los años noventa, hay que revisar su libro *La sangre y la tinta. Ensayos sobre la condición postmexicana* (Bartra,

6 En este sentido no es fortuita su incorporación en 2012 como miembro numerario de la Academia Mexicana de la Lengua.

1999), donde explica algunos ángulos de la caída (y posterior fragmentación) de la tradicional “unidad” en lo nacional y en el orden estatal que legitimó gran parte de la escena política de México entre los años cuarenta y los años ochenta del siglo XX, comenzando con el lastre que significó el nacionalismo revolucionario. Luego, se puede seguir con *Fango sobre la democracia. Textos polémicos sobre la transición mexicana* (Bartra, 2007a) donde hay algunos capítulos que se repiten de su libro de 1999, pero que dispuestos en otro orden categorial explican los efectos de la condición postmexicana en la primera década de nuestro siglo. Como corolario, se puede leer su brevísimo libro *La sombra del futuro. Reflexiones sobre la transición mexicana* (Bartra, 2012). Asimismo, sobre la pareja derecha-izquierda, que es una articulación semántica pero sobre todo histórica donde su trabajo ha generado cierta polémica, puede consultarse su libro *La fractura mexicana. Izquierda y derecha en la transición democrática* (Bartra, 2009a) cuyo capítulo final, “Memorias de la contracultura”, ofrece un pincelazo autobiográfico de su juventud. Asimismo, véanse sobre este mismo tema las dos compilaciones que coordina: *Izquierda, democracia y crisis política en México* (Bartra, 2007b) y *Gobierno, derecha moderna y democracia en México* (Bartra, 2009b).

III. LA METÁFORA COMO MÉTODO DE ANÁLISIS

El uso constante de la metáfora en el trabajo de Roger Bartra puede corresponder con la institución de un “estilo” de indagación sobre la política que forzosamente tiene que pasar por los espacios “no colonizados” de las semánticas que (a)bordan lo político y la sociedad en general a través de las narrativas contemporáneas en ámbito de ciencias sociales y humanas; con un pie en el pensamiento continental (recuérdese que es Doctor en sociología por la Universidad de la Sorbona) y con otro en el mundo anglosajón, en específico en Estados Unidos (vínculo que le viene casi *por default*, si sugerimos que la antropología es una ciencia “anglo”), se puede argüir que el uso de la metáfora en su discurso, además de su capacidad heurística y descriptiva, juega como un dispositivo que empuja a la for-

mación de conceptos.⁷ En este sentido, no se encuentra tan distante de dos autores contemporáneos fundamentales en los estudios sobre el poder como lo son Michel Foucault y Giovanni Sartori, a pesar de la lejanía de uno del otro, y quizá muy a pesar de la reticencia del propio Bartra sobre estos dos autores, y de sugerir una cierta afinidad con su trabajo y el de ellos.

La metáfora es un campo conceptual de *variabilidad* que sólo puede mantener su desarrollo a condición de volverse *constante*. Así pues, esta forma paradójica de semantización no es tan clara “a primera vista” en sus escritos tempranos que publica a lo largo de los años setenta, y que mantienen una abierta filiación “marxista”. Véase, por ejemplo, *Breve diccionario de sociología marxista* (Bartra, 1973); *Marxismo y sociedades antiguas. El modo de producción asiático y el México prehispánico* (Bartra, 1975); y *El poder despótico burgués. Las raíces campesinas de las estructuras políticas de mediación* (Bartra, 1978). Sin embargo, los contenidos de estas obras —a pesar de perderse en las modalidades de *nombrar* tan queridas a los marxistas de entonces y casi extintas en la actualidad— sí anuncian lo que será la constante académica de los usos específicos de la metáfora en su obra a lo largo de los años ochenta y noventa. Ya en el “Prólogo” de su *Breve diccionario de sociología marxista*, anuncia esta “provocación” que deviene constante en su reflexión:

Este breve diccionario es ante todo un experimento, y en cierto modo debe ser calificado como un antidiccionario. Generalmente un diccionario es el producto de un cuerpo colegiado y altamente calificado que de alguna manera se erige en autoridad máxima en la materia y emite en forma alfabética un veredicto sobre varios centenares de conceptos.

Aquí, por el contrario, se ha tratado de comenzar la elaboración de un diccionario antidogmático y antiacadémico, intento que resulta evidentemente un tanto paradójico. Ha nacido de la necesidad de intentar contrarrestar la influencia de manuales marxistas de divulgación que han

7 ¿Por qué pensar la metáfora como dispositivo? Básicamente porque el lenguaje es un dispositivo, no opera a través de ellos (Agamben, 2006: 21).

producido un cierto anquilosamiento en el pensamiento marxista contemporáneo, especialmente en América Latina (Bartra, 1973: 7).

La metáfora como operación metodológica es más clara en la serie de libros elaborados en las dos últimas décadas del siglo pasado. Veamos el cambio semántico en su obra: *Las redes imaginarias del poder político* (Bartra, 1981); *La jaula de la melancolía. Identidad y metamorfosis del mexicano* (Bartra, 2006); *El salvaje en el espejo* y *El salvaje artificial* que después fueron editados como *El mito del salvaje* (Bartra, 2011); los ya citados *La democracia ausente. El pasado de una ilusión* (Bartra, 2000) y *La sangre y la tinta. Ensayos sobre la condición postmexicana* (Bartra, 1989); así como *El duelo de los ángeles. Locura sublime, tedio y melancolía en el pensamiento moderno* (Bartra, 2004a).

Su estilo de escritura sobre los procesos políticos contemporáneos se vuelve un método que, basado en el uso conceptual de la metáfora, quiere desplazarse por afuera del campo de las clasificaciones disciplinarias e ideológicas, al grado de *subvertirlas* en distintos tiempos y espacios.⁸ En este sentido, vale la pena detenerse un momento sobre un hecho fundamental que una y otra vez está presente en este autor, y no sólo como académico sino también como animador cultural, como fue el caso de *El Machete*, revista de la cual fue director en el seno del Partido Comunista Mexicano, y que recientemente el Fondo de Cultura Económica publicó en versión facsimilar. Al respecto, Rodríguez Ledesma (2002) apunta que:

[...] La edición de *El Machete* (mayo 1980) fue un intento de darle nuevos y más amplios horizontes a la discusión dentro de esa esfera política, fue una publicación que apoyó la línea democratizadora y modernizante dentro del Partido Comunista Mexicano. La irreverencia fue uno de los estilos de la nueva revista dirigida por Roger Bartra; sin embargo, para parte del público que quería identificarla como el órgano oficial del PC

8 La idea de subversión de las disciplinas es de Albert Hirschman (1995), quién era un “militante” declarado de las subversiones y sobre todo auto-subversiones disciplinarias (Santiso, 2015: 21-44).

el tono con el que se abordaban ciertos temas era imposible de aceptar. Muchos la consideraron un intento revisionista, contrarrevolucionario y demás denuetos propios de la atmósfera estalinista y dinosauria que aún impregnaba a sectores de la izquierda mexicana (p. 90).

Sobre el mismo t3pico, en la “Nota a la presente edici3n” del 2000 de su libro *El reto de la izquierda*, Roger Bartra ha se1alado que:

La publicaci3n de la revista *El machete*, que coloc3 a la democracia en el centro de su l3nea editorial, me atrajo la cr3tica 1spera de compa1eros cuyo abandono posterior de los dogmas es indudable. Para que el lector tenga una idea de las dificultades y el aislamiento que a principios de los a1os ochenta enfrentaban la defensa de la democracia “formal” y la discusi3n de temas nuevos en el seno de la izquierda, citar3 algunos ejemplos sintom1ticos. Enrique Semo, el intelectual org1nico m1s influyente del Partido Comunista Mexicano (PCM), me acus3 de ser parte del “nuevo reformismo” y del “eurocomunismo de derecha”. Amalia Garc3a, destacada funcionaria de ese partido, apoy3 un proyecto de resoluci3n en 1981 a la Conferencia del Distrito Federal del PCM en el que se extra1aba por la autonom3a de *El Machete* y acusaba a la revista de haber desarrollado “un estilo incorrecto”. Jorge G. Casta1eda defendi3 esta propuesta y me denunci3 p1blicamente por no asistir a las reuniones de la burocracia partidaria, por no colaborar en la redacci3n de documentos oficiales; tambi3n me acus3 de “falsificaci3n” y de no estar afiliado al sindicato universitario. Ra1l Trejo Delarbre criticaba a la revista por ser “un foro de debate abierto” (propio de la prensa liberal), por ser afrancesada y eludir “el debate de los problemas nacionales fundamentales” y por “simplificar los problemas en aras de la frivolidad y el esp3ritu jocoso”. Gustavo Hilares, otro funcionario del PCM, me acusaba de querer “un partido que pueda dar cobijo a todos los malos instintos reformistas” (Bartra, 2000: 13-14).

En un sentido an1logo, pero con relaci3n a *La Jornada Semanal*, dir1 que:

El problema con *La Jornada Semanal* [...] era la división, la guerra de dos grupos que hegemonizaban la cultura: el encabezado por Paz y aquel más afín a Fuentes. Además de estas limitaciones, muchos no eran muy amigos de publicar en *La Jornada*... había escasez general de producción intelectual de primer nivel. Para remediarlo decidí traducir y publicar textos europeos y traer cosas de América del Sur. Molesto con esta situación, Monsiváis alguna vez dijo que *La Jornada Semanal* era la mejor revista europea hecha en México, lo cual era un cumplido para mí. Yo lo hacía con toda la intención. La cultura mexicana, con toda su riqueza proverbial, tiene también muchas carencias y era difícil que alimentara, manteniendo un nivel alto, una revista semanal con más de sesenta páginas. Creo que ese es todavía un problema hoy en día.

A diferencia de *Nexos* y de *Vuelta*, *La Jornada Semanal* era una revista semanal que estaba en medio de esta guerra de grupos. Mi solución, entonces, fue la alternativa eurocomunista, por decirlo de alguna manera, la que usé también en *El Machete*: alimentarme de colaboradores europeos, sudamericanos y, en menor medida, norteamericanos. Funcionaba muy bien y las ventas del periódico del domingo se elevaron significativamente. Lo que no acabé de lograr, porque era imposible, fue que fluyese la colaboración de los dos grupos literarios. En eso fracasé, o posiblemente era imposible de lograr, no sé.

Tenía la ventaja de que, con excepciones, no era considerado un escritor: era el antropólogo, el científico social, el sociólogo. De cualquier manera la irritación que generaba *La Jornada Semanal* por su actitud independiente acabó dando al traste con el proyecto en su conjunto (Domínguez Michael, 2012: 74).

IV. TEMAS Y PROBLEMAS

Su carácter radicalmente plural, lo transforma en un autor poliédrico a fuerza de resolver la querrela sobre la atribución de los vaivenes ideológicos con fuertes dosis de ironía y audacia académica. Ahí está contenido todo su debate *con* y *contra* la izquierda. Declarado contracultural

en campo académico, herético en ámbito político, representa un modo de habitar la universidad mexicana que simplemente ha dejado de ser a causa de la rápida evolución de las ciencias humanas hacia formas de compartimentación disciplinaria que exigen de cualquier académico más un ritmo de trabajo vertiginoso sustentado en el incremento sistemático del número de artículos en revistas especializadas, y menos la edificación de la obra de un autor que era posible a través de los años, la experiencia y la exposición pública de las ideas propias frente a los colegas y al público no académico.

Esto también está presente en la elaboración de sus obras más célebres donde encontramos un esfuerzo de elaboración explicativa que ofrecerá alrededor de las preocupaciones contemporáneas sobre la obediencia en México y su relación “esquizoide” con la ley, sus dispositivos y desarrollos en distintas experiencias históricas del pasado contemporáneo (y no tan próximo) del país, lo que deja entrever el interés que tiene por los reversos culturales y políticos que generan los mitos y las formas simbólicas del poder y el orden político. En este campo es posible conectar sus contribuciones sobre las funciones sociales y simbólicas de los mitos y de la iconología de la otredad con una rica tradición de estudios sobre los fenómenos de la transgresión (Bartra, 1993: 35-50; Covarrubias, 2018: 6-17). O de lo contrario, ¿qué otro estatuto tendría su interés por el tema de la melancolía y su realización, pero sobre todo su “des-realización” en la política?

De hecho, podríamos sugerir que sus diversos trabajos en torno a la melancolía tienen su razón de ser en el hecho de que este fenómeno en México cubre una parte relevante del espacio político de las formas “ordinarias” de transgresión, y que encuentran una expresión acuciante en el uso fetichizado de la ley y en general del orden jurídico-político que se distancia del uso apropiado (y deseable) que supone su llamado y consolidación.

Para aproximarse a estos tópicos, se puede comenzar con su célebre libro *La jaula de la melancolía. Identidad y metamorfosis del mexicano* de 1987

(Bartra, 2006), donde desmenuza las formas de interpretación de la idea de nación, su mitologización, y los rasgos esenciales de lo que llamará la condición mexicana, sobre todo su “pathos” cultural descrito por intelectuales e ideólogos en diversas épocas del siglo XX. En este libro, su autor intenta hacer una lectura teórica sobre la importancia de la dimensión simbólica de la política, ya que la jaula de la melancolía es una metáfora de la jaula del poder, del autoritarismo y de su capacidad de reproducción. Su lectura no queda anclada en la estación culturalista más socorrida (en semánticas como la “del agachado”), sino también es capaz de capturar los significantes “flotantes” que aparecen por aquí y por allá cuando se trata de dar cuenta de la nación y de lo nacional.

Si el eje de su reflexión sobre la melancolía es el fenómeno del eclipse de la ley en un contexto histórico y político donde sus usos han sido una obsesión constante, por lo menos desde el siglo XIX, con relación a la esperanza de que produjera un umbral “sólido” de expectativas en torno al mantener “juntos” o “unidos” a las distintos frentes que componen la comunidad política mexicana, Bartra advierte (y estudia) el impacto de las oposiciones culturales y cotidianas entre gubernamentalidad y conflicto en el interior del Estado contemporáneo mexicano; sobre todo en términos de operatividad (o como a él le gusta decir, en términos de *mediaciones políticas*) en el terreno histórico-social. En este sentido, pueden consultarse también la recopilación de estudios *Transgresión y melancolía en el México colonial* (Bartra, 2004b) y sus dos obras más acabadas desde un punto de vista teórico sobre la melancolía: *Cultura y melancolía. Las enfermedades del alma en la España del Siglo de Oro* (Bartra, 2001) y *El duelo de los Ángeles. Locura sublime, tedio y melancolía en el pensamiento moderno* (Bartra, 2004a).

Su obra y su magisterio lo colocan como un cartógrafo político contemporáneo de primer nivel en América Latina. Cabe agregar que con la acepción de “cartógrafo contemporáneo” pretendo indicar la aportación y la necesidad de recuperar a aquellas figuras académicas que han elaborado un programa de investigación fincado o dirigido a dar respuesta acerca de algunas vicisitudes propias de la política democrática por me-

dio del estudio puntual de lo político, cuya forma práctica está colocada en la inmanencia del conflicto social. No solo es hablar de pensadores políticos de una destacada trayectoria, sino, como se ha señalado en este trabajo, es insistir en las aportaciones que cada uno de ellos ha introducido al campo de las ciencias humanas con relación a las variaciones factuales y conceptuales de la democracia (Covarrubias, 2015: 9-19). Sin embargo, el impacto de sus aportaciones para las ciencias sociales de la región está aún por ser desmenuzado y discutido por lo menos a partir de su trabajo escrito que ya suma más de 50 años de producción, y de su enseñanza a través de sus tesis y sus seminarios. Aquí, sólo me he limitado a dar cuenta de un par de temas que sobresalen de su obra.

Termino con dos citas. La primera es de Roger Bartra sobre su trabajo y que resume su magisterio y sus aportaciones:

En perspectiva, hay una serie de saltos en mi vida, en muchos casos saltos peligrosos, saltos mortales... Estuve sumergido y me escapé de la arqueología mexicana, después estuve sumergido en el agrarismo y me fui después al estudio de los sistemas políticos, los problemas del carácter nacional. Tuve mis crisis, brinqué a dos líneas paralelas, el mito del salvaje y la melancolía. También decidí que quería terminar con estas líneas y me fui a estudiar –en el que fue posiblemente el salto más peligroso– temas de neurobiología y cultura. Esta es una característica poco académica. En la academia, que es de donde yo vivo, esos saltos no se hacen; uno escoge un tema y se dedica toda la vida a eso. También en muchos medios intelectuales se adopta una línea y ya. En cambio, yo he estado dando saltos y siempre me he preguntado si eso ha sido benéfico o no (Domínguez Michael, 2012: 75).

La segunda es de George Steiner, que habla de la necesaria forma que determina la formación de una escuela y de la influencia de un pensador en el mundo académico de nuestros días:

La enseñanza auténtica puede ser una empresa terriblemente peligrosa. El Maestro toma en sus manos lo más íntimo de sus alumnos, la materia

frágil e incendiaria de sus posibilidades. Accede a lo que concebimos como el alma y las raíces del ser, un acceso del cual la seducción erótica es la versión menor, si bien metafórica. Enseñar sin un grave temor, sin una atribulada reverencia por los riesgos que comporta, es una frivolidad. Hacerlo sin considerar cuáles puedan ser las consecuencias individuales y sociales es ceguera. Enseñar es despertar dudas en los alumnos, formar para la disconformidad. Es educar al discípulo para la marcha ("Ahora, dejadme", ordena Zaratustra). Un maestro válido debe, al final, estar solo (Steiner, 2007: 101-102).

BIBLIOGRAFÍA

- Agamben, G. (2006). *Che cos'è un dispositivo?* Roma: Nottetempo, 2006.
- Agamben, G. (2008). *Signatura rerum. Sul metodo*. Turín: Bollati Boringhieri.
- Bartra, R. (1964). *La tipología y la periodificación en el método arqueológico*. México: ENAH-Sociedad de Alumnos, Suplemento de la revista Tlatoani.
- Bartra, R. (1973). *Breve diccionario de sociología marxista*. México: Grijalbo.
- Bartra, R. (1975). *Marxismo y sociedades antiguas. El modo de producción asiático y el México prehispánico*. México: Grijalbo.
- Bartra, R. (1978). *El poder despótico burgués. Las raíces campesinas de las estructuras políticas de mediación*. México: ERA.
- Bartra, R. (1981). *Las redes imaginarias del poder político*. México: ERA.
- Bartra, R. (1982). *El reto de la izquierda*. México: Grijalbo.
- Bartra, R. (1989). *La sangre y la tinta. Ensayos sobre la condición postmexicana*. México: Océano.
- Bartra, R. (1993). Salvajismo, civilización y modernidad: la etnografía frente al mito. *Alteridades*, 3 (5), 35-50.
- Bartra, R. (2000). *La democracia ausente. El pasado de una ilusión*. México: Océano.
- Bartra, R. (2001). *Cultura y melancolía. Las enfermedades del alma en la España del Siglo de Otro*. Barcelona: Anagrama.
- Bartra, R. (2004a). *El duelo de los ángeles. Locura sublime, tedio y melancolía en el pensamiento moderno*. Valencia: Pre-Textos.
- Bartra, R. (recopilación). (2004b). *Transgresión y melancolía en el México colonial*. Ciudad de México: UNAM.

- Bartra, R. (2006). *La jaula de la melancolía. Identidad y metamorfosis del mexicano*. México: Debolsillo.
- Bartra, R. (2007a). *Fango sobre la democracia. Textos polémicos sobre la transición mexicana*. México: Temas de Hoy.
- Bartra, R. (comp.). (2007b). *Izquierda, democracia y crisis política en México*. México: Fundación Friedrich Ebert Stiftung-Nuevo Horizonte Editores.
- Bartra, R. (2009a). *La fractura mexicana. Izquierda y derecha en la transición democrática*. México: Debate.
- Bartra, R. (comp.). (2009b). *Gobierno, derecha moderna y democracia en México*. México: Fundación Konrad Adenauer Stiftung-Herder.
- Bartra, R. (2011). *El mito del salvaje*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bartra, R. (2012). *La sombra del futuro. Reflexiones sobre la transición mexicana*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bartra, R. (2013). *Territorios del terror y la otredad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bovero, M. (2005). *Los anteojos de Bobbio para una reconstrucción del (hiper)modelo bobbio*. En L. Córdova Vianello y P. Salazar Ugarte (coords.). *Política y derecho. [Re]pensar a Bobbio* (pp. 17-39). México: IJ-UNAM/Siglo XXI Editores.
- Covarrubias, I. (2007). La ciencia política frente al espejo. *Temas y debates. Revista universitaria de ciencias sociales*, 11 (14), 105-113.
- Covarrubias, I. (2015). Introducción: Ideas y presencias de la teoría política contemporánea en América Latina. En I. Covarrubias (coord.). *Figuras, historias y territorios. Cartógrafos contemporáneos de la indagación política en América Latina* (pp. 9-19). México: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo-Publicaciones Cruz.
- Covarrubias, I. (2018). De la transgresión y otras formas de frontera de la política. *Metapolítica*, 22 (100), 6-17.
- Domínguez Michael, C. (2012). Roger Bartra: el intérprete de las mutaciones. *Letras Libres*, 14 (167), 68-75.
- Espinasa, J. M. (2000). Roger Bartra, gramática de la melancolía. *Fractal*, 4 (18), 69-85.
- Hirschman A. O. (1995). *A Propensity to Self-Subversion*. Cambridge, Mass: Harvard University Press.
- Moraña, M., y Sánchez Prado I. M. (comps.). (2015). *Democracia, otredad, melancolía. Roger Bartra ante la crítica*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Panbianco, A. (2005). Teoria politica e metodo comparato. En G. Pasquino (coord.), *La scienza politica di Giovanni Sartori* (pp. 247-265). Boloña: Il Mulino.
- Rodríguez Ledesma, X. (2002). Follaje de tinta: revistas y suplementos culturales en México (1968-2000). *Metapolítica*, 6 (24-25), 85-92.

- Sánchez Prado, I. M. (2015). La teoría de la democracia en el país de la hegemonía. Una lectura de *Las redes imaginarias del poder político*. En M. Moraña e I. M. Sánchez Prado (comps.). *Democracia, otredad, melancolía. Roger Bartra ante la crítica* (pp. 112-145). México: Fondo de Cultura Económica.
- Santiso, J. (2015). La mirada de Hirschman sobre el desarrollo o el arte de los traspasos y las autosubversiones. En I. Covarrubias (coord.). *Figuras, historias y territorios. Cartógrafos contemporáneos de la indagación política en América Latina* (pp. 21-44). México: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo-Publicaciones Cruz.
- Steiner, G. (2007). *Lecciones de los maestros*. México: Fondo de Cultura Económica-Siruela.
- Van Delden, M. (2015). La idea de la democracia en Roger Bartra. En M. Moraña e I. M. Sánchez Prado (comps.). *Democracia, otredad, melancolía. Roger Bartra ante la crítica* (pp. 93-111). México: Fondo de Cultura Económica.